



ENFERMO EL MUNDO, DE CHINA

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

UNA vez más China se ha quedado a la puerta de las Naciones Unidas. Jurídicamente, la votación obtenida muestra una considerable distancia de la mayoría necesaria: se requiere una votación favorable de dos tercios, o sea, 76 votos, y China ha obtenido solamente 47. Pero el resultado demuestra la incertidumbre del mundo con respecto al problema: 47 votos a favor, 47 en contra, 20 abstenciones. En la votación anterior el resultado fue de 57 votos en contra, 41 a favor y doce abstenciones. China ha ganado un cierto terreno. Diez de sus antiguos enemigos han dejado de serlo, seis países se han sumado a sus partidarios y los demás han ido a engrosar el limbo de los abstencionistas. De una manera general puede decirse que el mundo lamenta que China no esté incluida en las Naciones Unidas; y no ya por simpatía hacia ella, sino porque se tiene la noción de que es menos peligrosa dentro que fuera. A pesar de este sentimiento latente y extendido, China se ha quedado lejos de los votos necesarios. Hay muchas razones para ello, pero la principal es la oposición de los Estados Unidos. Me permito creer que muchos de los dirigentes de los Estados Unidos deben considerar también, como algunos de sus grandes compañeros de Occidente —Francia, Gran Bretaña, Canadá—, que es necesario que China pertenezca a la ONU como condición imprescindible para la solidez de la paz mundial, pero los Estados Unidos han hecho de la segregación de China un dogma de su política exterior y no hay nada más difícil para un país conservador que abandonar sus dogmas. China es una enfermedad del mundo, de orígenes remotos y pre-nazis —«La decadencia de Occidente», de Spengler— y los Estados Unidos sufren de esa enfermedad. No es exagerado decir que la burguesía americana siente pánico hacia los chinos, fomentado diariamente por los más variados medios de propaganda —desde los «comics» al cine— y en general contra el mundo asiático, contra el mundo de ojos rasgados y piel amarilla. Desde un cierto domingo de diciembre de 1941 en que los japoneses atacaron la base de Pearl Harbour hasta la emboscada de hoy en Plei Me y el ataque a la base aérea de Tam Hiem, ha pasado un cuarto de siglo en el que sin cesar, día a día, los muchachos americanos mueren a manos de los asiáticos. No es necesario insistir aquí en la enorme diferencia histórica, geográfica y política de estos acontecimientos, pero no creo que sea difícil comprender la impresión general que puede producir en un pueblo sencillo y fanatizado y especialmente sensible a la diferencia aparente de razas la confrontación continua a los «amarillos», que se multiplican incesantemente, que combaten con una dureza increíble y que tienen el motor del hambre aplicado al dedo en el gatillo. No necesita más un mito para crearse. Si sobre esta estructura inferior consideramos la enorme importancia de los «lobbies», de los intereses capitalistas e imperialistas, de la sensación militar de seguridad que dan las bases adquiridas en la guerra contra el Japón, la intromisión política y bélica en zonas como Corea y Vietnam del Sur, la presencia en la isla de Formosa, se comprenderá hasta qué punto el dogma de la segregación de China prima sobre consideraciones realistas. Hace un año probablemente la admisión de China en las Naciones Unidas hubiese sido relativamente fácil: fue precisamente el año que los Estados Unidos bloquearon con pretextos administrativos y jurídicos el funcionamiento de la Asamblea General. La prensa americana más consciente había incluso iniciado ya una cierta aproximación al tema.

Pero en el último año los acontecimientos han cambiado. No es posible, honestamente, decir que sea China la que ha cambiado, pero sí el contexto en que se desenvuelve su vida actual. La escalada en el Vietnam recrudescer la neurosis del «problema asiático». Si en 1964 había 21.000 americanos en el Vietnam, en junio de 1965 había ya 51.000; en julio, 75.000; en agosto, 125.000. Es posible que hoy sean ya 150.000, y McNamara anuncia nuevos desembarcos, aunque ahora sin citar cifras. El balance de bajas americanas es más elevado cada semana, la fisonomía de la guerra ha cambiado y se aproxima cada vez más a lo que fue la guerra de Co-

SIGUE

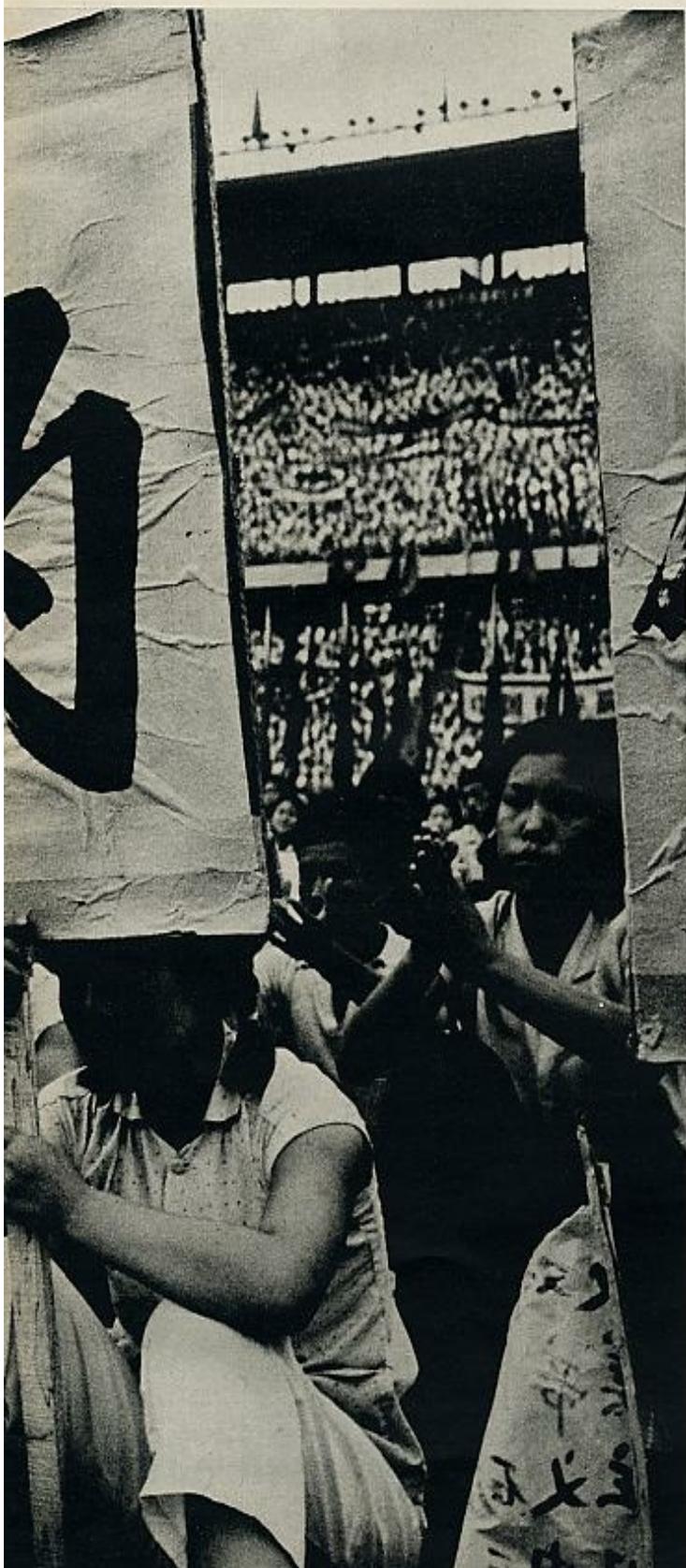




foto Guesat

¡oh... que confort! ¡qué bien está en su butaca Airborne! El tiempo justo de "zambullirse" en ella, para sentirse como en su casa, relajado, con libertad de movimientos, en óptimas condiciones para leer con comodidad o conversar en familia: eso es el confort Airborne. En un Airborne, todos los elementos del bienestar están incorporados a la butaca misma, al sillón, sofá o sofá-cama: capas de espuma de látex espesas y mullidas, estructura metálica indeformable e insensible al calor y a la humedad, línea atractiva y sobria, elegante, moderna y refinada.

Un Airborne es un compañero para toda la vida.

airborne
Fabricado
en
España
por
maga Sillones y sofás-camas



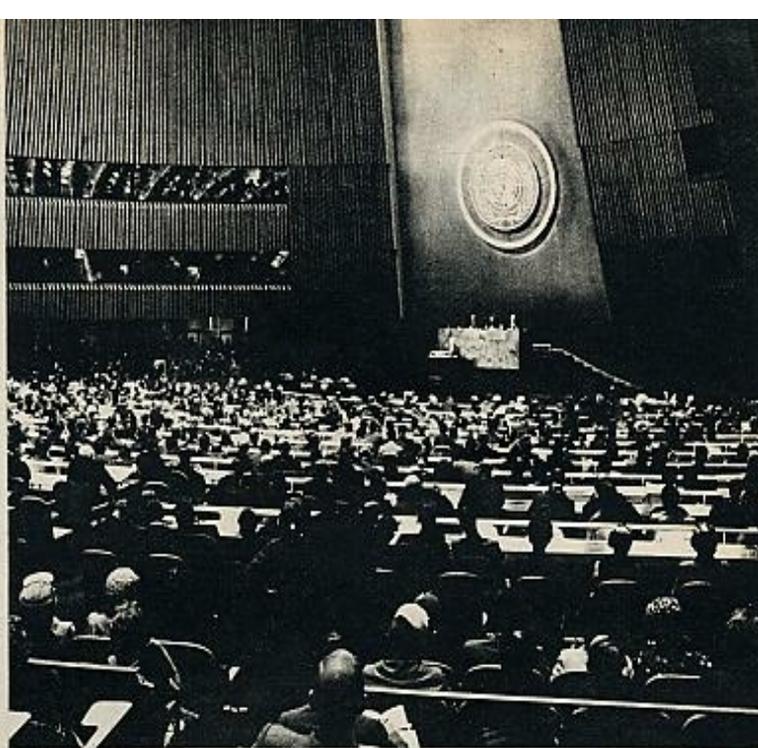
EL MUNDO, ENFERMO DE CHINA

rea; con la diferencia de que en aquel caso las Naciones Unidas respaldaban la operación americana, y esta vez los Estados Unidos están solos y hasta reprochados por quienes fueron sus aliados. El conflicto entre la India y el Pakistán no ha sido totalmente sofocado: aún se dispara en la frontera, y aún China y la India alegan cada día violaciones territoriales. Si en Indonesia la operación ha dado hasta ahora un resultado favorable a los intereses de Estados Unidos a base de matanzas y detenciones masivas —desde el 30 de septiembre hasta ahora se ha encarcelado a unas diez mil personas—, no puede decirse aún que el incidente haya terminado, y el nombre de China como presente en la contienda no cesa de pronunciarse en los Estados Unidos. Esta enfermedad asiática ha llegado a producir en Estados Unidos una situación que sería grotesco llamar de guerra civil, pero sí de profunda y grave crisis de conciencia entre las clases pensantes y de recrudescimiento de las sociedades «ultras» defensoras del dogma a ultranza.

Un nuevo hecho ha fortalecido el deseo de segregación de China por parte de los Estados Unidos, y es su aproximación a la URSS. En estos días la misión de «buena voluntad» que dirige el senador Mike Mansfield, jefe de la mayoría demócrata —el partido gobernante—, conversa largamente en Moscú con los prohombres soviéticos. Mansfield parece uno de los hombres mejor indicados para iniciar una apertura, a juzgar por la relativa amplitud de criterio que suele mostrar en sus declaraciones públicas. La base de la coexistencia pacífica establecida por el diálogo de Kennedy y Kruschef a raíz de la llamada «crisis del Caribe» —octubre de 1962— tiende a ampliarse, y en los Estados Unidos se sueña con la posibilidad de completar por allí el confinamiento, el aislamiento de China. Esta enfermedad china ha atacado también a la URSS: los últimos intercambios de invectivas entre los dos grandes países comunistas han alcanzado esta semana nuevos y más duros niveles. De todas formas, la URSS tiene también su dogma, en un sentido contrario esta vez al de los Estados Unidos, y ha votado de nuevo por la admisión de China en las Naciones Unidas, como viene haciendo sin cesar. Pero esta vez no ha podido aplicar pasión ni presión a este acto de tradición política. Es posible que ésta sea también una de las razones por las cuales China no ha conseguido superar la mayoría simple en la votación.

Una cierta parte de países del tercer mundo se ha abstenido o ha votado en contra. Esto no lo hubieran hecho el año pasado. Es un hecho que en estos últimos meses China ha perdido influencia en África. Un buen número de países árabes y africanos se han inclinado decididamente hacia una actitud más conservadora. En Tanzania, el Presidente Nyerere expulsó miembros de la misión cultural china acusándoles de atizar la rivalidad entre los grupos étnicos árabe y africano; en Burundi fue expulsada la misión cultural china; en Kenia, Jomo Kenyatta ha atacado al «imperialismo chino» y ha hecho salir del país al corresponsal de la agencia China Nueva. La renuncia china a acudir a la conferencia de Argel, que iba a llamarse «el segundo Bandoeng» y que se quedó en nada tras la desaparición de Ben Bella, refleja muy claramente su pérdida de terreno en África. Puede atribuirse esta nueva situación a las actividades diplomáticas, manifiestas y ocultas, de los organismos de Estados Unidos; como puede atribuirse la defección de algunos votos hispanoamericanos a la presión cada vez más fuerte de Estados Unidos sobre sus Gobiernos, manifiesta en la conferencia de Brasil, donde con el apoyo integral del Presidente Castelo Branco, los Estados Unidos se encaminan a la creación de una fuerza que se llamará, en la rara semántica de nuestro tiempo, «contra-intervencionista» y cuya principal finalidad es la de reforzar los grupos en el poder. Un periodista suizo —el corresponsal del ultraconservador «Journal de Genève» en los Estados Unidos— estima que si la votación en la Asamblea General hubiese sido secreta, China hubiera sido admitida «por una mayoría aplastante. Pero las presiones, el miedo de disgustar a Washington o de parecer que se toma partido en los conflictos de Cachemira o del Vietnam impiden a numerosos países votar en público como lo harían en secreto».

Finalmente, la misma moción que se presentó a la Asamblea General parecía redactada por un espíritu adverso. El texto de los once países que se decían partidarios de China resultaba ser un texto ideológico, de tendencia política, redactado en unos términos poco comunes en la discreta diplomacia del universo onusiano. La exigencia de la «expulsión de los representantes de Chiang Kai-Chek» ha podido asustar a algunos países: concretamente las abstenciones de Dahomey y de Laos se deben a la inclusión de ese párrafo. Un texto moderado, discreto, realizando la necesidad de incluir a China en la ONU para poder iniciar un diálogo constructivo y tratar con ella de cuestiones referentes a la paz en Asia y el desarme mundial no hubiera, ciertamente, conseguido la mayoría de los dos tercios necesaria para el ingreso, pero sí hubiese conseguido superar notablemente la mayoría simple y dar una nueva fisonomía a la cuestión.



La Asamblea General de las Naciones Unidas. Una vez más, la República Popular China se ha quedado a la puerta, con 47 votos. Necesitaba para entrar 76

Pero cabe preguntarse si la misma China deseaba un texto moderado, y si le convenía ingresar esta vez en las Naciones Unidas. Las condiciones que había establecido el mariscal Chen Yi para aceptar el ingreso eran ya enérgicas y duras. Chen Yi requería la retirada de la moción de 1950 que consideraba a China como agresora en Corea, la inclusión de una nueva resolución reconociendo el error cometido en aquella fecha por la ONU, la revisión completa de la Carta de San Francisco de forma que fuesen admitidos «todos los países independientes» y expulsados no solamente los chinos de Formosa, sino «todos los Estados fantoches imperialistas». Indudablemente la posición china no está inclinada hacia ninguna clase de compromiso. Su tesis oficial es ésta: la ONU no es más que una forma de los Estados Unidos. «El jefe de las Naciones Unidas no es U Thant, sino los Estados Unidos», gritaba hace poco Chen Yi en una conferencia de prensa que fue histórica y que los servicios especiales de los Estados Unidos se apresuraron a propagar por el mundo como muestra de la intransigencia. Ahora, tras el voto adverso en la ONU, Pekín considera el resultado como un éxito y asegura que «contribuye al aislamiento de Estados Unidos». Es posible que China aún considere la posibilidad de crear una «ONU del pobre», una organización de naciones unidas en la que figuren los países revolucionarios del mundo; aunque su principal auxiliar en esta idea era Sukarno, que había retirado su país de la ONU, pero que hoy se encuentra en una situación difícil y precaria, dominado por las fuerzas militares que se proclaman anti-chinas. Claramente puede advertirse que si es cierto que el mundo está enfermo de China, la posición de Pekín debe ser prolongar y agudizar esa enfermedad de sus adversarios, y no tratar de aliviarla.

Ineluctablemente China tendrá un día que ingresar en la ONU y que formar parte de la asamblea mundial. Será quizá el año que viene, o tal vez el siguiente, si es que antes unos acontecimientos dramáticos no modifican el actual mapa político del mundo. Es interesante observar que al día siguiente mismo de la votación adversa se ha comenzado a considerar la idea de una reunión mundial de las potencias nucleares, con inclusión de China, para estudiar el problema del desarme. La sugerencia ha partido del delegado de Arabia Saudita y se ha debatido en la Comisión Política, sobre una base que ha apoyado el ministro británico de Asuntos Exteriores, Stewart, y su colega del Desarme, lord Chalfont: que la conferencia de desarme de Ginebra está rebasada, desbordada, y que la presencia de China es inevitable puesto que se trata de una potencia nuclear. La proposición saudita determina que el «club» de los cinco atómicos tendría un comité de enlace con las Naciones Unidas, y que éstas prepararían una conferencia mundial de desarme que se celebrase no más tarde de 1967. La resolución, presentada por 37 países, implica ya un contacto, una relación, un reconocimiento de la China por las Naciones Unidas, lo cual no deja de ser paradójico y contradictorio con la resolución de la Asamblea General, contraria a la admisión de China; revela lo artificial del voto y la presencia del realismo que requiere la negociación.